

La luz de la Reina

Lumen Reginae

Reinado 
de María

N.39-JULIO 2023



**La vida en
Nazaret**

ALMA MARIANA

La Sabiduría

TOTUS TUUS

**Vosotros sois
la sal de la tierra**

REINADO DE CRISTO

“MI INMACULADO
CORAZÓN
TRIUNFARÁ”.

(Nuestra Señora en Fátima)



Lumen Reginae

Revista oficial del
Reinado de María.
Número 39
Julio 2023

El Reinado de María es un movimiento de fieles católicos que busca promover el Encuentro con Dios por la consagración al Inmaculado Corazón de María.


El Encuentro con Dios, fin último del hombre, felicidad plena sin amenazas, llegará con Jesús y su reinado, y éste con el Reinado de María.


«Venga a nosotros el reinado de María, para que venga, Señor, tu reinado». (VD 217)

Ad Iesum per Mariam.


P. Rodrigo Molina, inspirador
del Reinado de María

Contacta con nosotros en:

 reinadodemaria.org/

 facebook.com/Reinado-de-Maria

 instagram.com/reinadodemaria

 youtube.com/c/ReinadodeMaria

SUMARIO

04

EN LA ESCUELA DEL INMACULADO CORAZÓN

La Virgen en la Sagrada Escritura: Arca de la Alianza



07

ALMA MARIANA

La vida en Nazaret



08

VICTORIAS DE MARÍA

No puede morir así quien lleva puesto el Santo Escapulario



10

TESTIGOS DE LA INMACULADA

San Ignacio de Loyola



12

MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ

Llamada a la vida de plena consagración a Dios (II)



14

TOTUS TUUS SER DE ELLA COMO ELLA ES DE DIOS

Las virtudes de Santa María (VII): La sabiduría



16

REINADO DE CRISTO

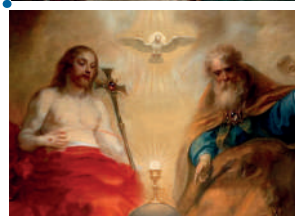
Vosotros sois la sal de la tierra



18

AL ENCUENTRO CON EL DIOS UNO Y TRINO

Alabanza de su Gloria



La armadura de los hijos de María

EL SANTO ESCAPULARIO



María es la Estrella del Mar, la Gran Señal que Dios puso para guiarnos. Con fuerza predicaba el R. P. Molina en agosto de 1989: *“Una gran señal, poderosa, apareció en el cielo, presidiendo el desfile de la historia. Una Mujer vestida del Sol, ¿de qué sol?... ¡del de Dios! ¡Vestirse de Dios, imitando a María!”*. Esto significa el santo escapulario del Carmen.

La Virgen Santísima en Fátima, en la aparición del 13 de octubre de 1917, sostenía en la mano el escapulario marrón. Exhortó a que sus hijos lo lleváramos con reverencia. Que el llevarlo es signo de consagración a Ella, signo de que Su amor nos cubre, nos protege y nos envuelve. Y también nos robustece, nos entrena para las batallas a lo largo de la vida; nos hace valerosos, nos afirma en la victoria de nuestra fe. San Alfonso M^a de Ligorio dijo: *«Agrada a María Santísima ver que sus siervos usan Su Escapulario como marca de que se han dedicado a Su servicio y de que son miembros de la Familia de la Madre de Dios»*.

Ella es la vencedora de las tinieblas por estar vestida de Dios. No solo es toda Luz; es además una Mujer que lucha. Es la Mujer enemistada por antonomasia con la fuerza y el poder del mal. Enemistad infranqueable, por más que el

mundo busque “hermanar” las cosas, por más que los hombres tratemos de llamar bien al mal y mal al bien. Buena oportunidad para preguntarnos con toda sinceridad: ¿cómo va nuestra lucha contra el pecado? ¿Nuestra huida del pecado es total? ¿Evitamos las ocasiones próximas de pecar?

Por ser Madre de Dios Inmaculada puede contra el enemigo, lo humilla, lo desbarata, lo aniquila, lo pone en huida y da esa potestad a todos sus hijos. Y como insignia nos deja el santo escapulario. ¡Es la armadura de los hijos de María! Un solo deseo de nuestra Madre tiene más poder que todas las fuerzas del infierno. Es la Madre que nos da Dios, que nos viste con Su santo hábito y con él nos defiende. ¡Qué consuelo tan grande para nuestra debilidad!

María venció con armas infalibles e invencibles: la humildad, la pureza, la obediencia.

Es así como María vence y es así como nos enseña a vencer. Ella tiene que ser la abanderada que nos lleve al triunfo, el triunfo de decidimos seguir a Cristo, de vivir el Evangelio. Con una Madre así ¿dejaremos que la cobardía, los miedos, las medianías nos venganzan? Con Ella la victoria está asegurada.

«Quien se ha consagrado a María —en palabras de Pío XII— le pertenece de manera especial. Se ha convertido como en un santuario de la Santísima Virgen. El amor de María le da el coraje para lanzarse a grandes cosas: vencer el respeto humano, sacudir el egoísmo, servir y obedecer con paciencia. Cobra odio al pecado y lo combate en sí mismo y le hace la guerra con todas sus fuerzas.

Cuando ve a la Inmaculada pisar a la serpiente infernal, cuando contempla a la Madre de Dios elevar entre sus brazos a su divino Hijo, su voluntad no puede tener ninguna complacencia en el mal, al contrario, está orgulloso de pertenecer a Jesús y a María, y sabe también, lo apremia a hacer todo lo que Jesús manda o desea».

La Virgen

EN LA SAGRADA ESCRITURA

Arca de la Alianza

Uno de los símbolos más expresivos de las prerrogativas de la Virgen es el Arca de la Alianza. «Ave, nube luminosa; ave, candelabro de luz; ave, tabernáculo que conserva el maná; ave, arca de la nueva alianza», canta la liturgia bizantina. «María es madre, sierva, nube, tálamo y arca del Señor», profesa San Proclo de Constantinopla (s. V). «Arca de la alianza que porta dentro de sí al mismo Dios», le hace eco Romano el Melode (s. VI).

Dios mandó a Moisés que fabricara el arca de la alianza y le dio hasta los más pequeños detalles para su construcción.

Demostró Dios empeño extraordinario en que la hicieran a su gusto.

No hay padre de familia que dirija tan minuciosamente la edificación de la casa donde va a vivir, como Dios la fabricación del Arca.

Señaló las dimensiones, dijo con qué materiales debía hacerse: de madera incorruptible, forrada por dentro y por fuera con

láminas de oro. Diseñó detalladamente la forma: como un cofre, con una guirnalda de oro en la parte superior. La cubierta, llamada propiciatorio, sería de oro macizo y estaría rematada por dos querubines, que con las alas extendidas cubrirían toda el arca.

Tendría cuatro asas o anillas de oro: dos a cada lado en los cuatro ángulos.

Para trasladarla, meterían en los anillos dos barras de acacia cubiertas también de oro.

Así determinó Dios que hicieran el Arca de la Alianza.

Dios prepara a su Madre

Con más esmero modeló la Santísima Trinidad el Arca del Testamento Nuevo, la mujer destinada a ser Madre de Dios. Rivalizaron al hacerla: la sabiduría del Hijo, el poder del Padre y el amor del Espíritu Santo.

Incorruptible era la madera del Arca y en María no habría germen ninguno de corrupción. No hubo corrupción moral, pues estuvo exenta de todo pecado, de toda imperfección y hasta de la raíz misma del pecado, pues Dios ahogó en Ella la concupiscencia.



Tampoco hubo en María corrupción física; porque siendo madre, permaneció siempre virgen; y aunque murió, porque así convenía a su misión de corredentora, su cuerpo inmaculado no sufrió la corrupción del sepulcro; y resucitado y glorioso fue trasladado al cielo.

El Arca estaba revestida de oro por dentro y por fuera.

El oro, símbolo de la caridad: Por dentro, amor purísimo y ardentísimo a Dios; por fuera, caridad exquisita con los hombres.

Guirnalda de oro circundaba el arca, y corona de Reina llevaría la Virgen en el cielo.

Dos querubines cubrían el Arca; y todos los ángeles formarían la escolta gloriosa de su Reina junto a su trono celestial.

¿Para qué mandó construir Dios el Arca de la Alianza?

El Arca estaba destinada a ser relicario de tres cosas sagradas: las dos tablas de la ley que Dios entregó a Moisés, la vara de Aarón, milagrosamente florecida, y un vaso de oro lleno de maná.

Este destino del Arca simbolizaba una misión de María respecto de Dios: su maternidad divina.

El Arca encerraba las tablas de la ley; y María hospedaría en su seno a Dios, autor de la ley.

El Arca guardaba la vara florecida de Aarón, símbolo del sacerdocio, pues aquella vara floreció milagrosamente para que el pueblo supiera que Aarón había sido escogido por Dios como Sumo Sacerdote; y María había de ser la Madre que albergaría al Sacerdote Eterno, Jesucristo.



"EN VOS,
COMO EN
UN PALACIO
ESPLÉNDIDO, EL
ARQUITECTO
DEL
MUNDO HA
ESTABLECIDO
SU MORADA".

(SAN TEODORO)

El Arca de la Alianza contenía un vaso de oro con maná, pan milagroso que Dios envió a los israelitas cuando caminaban por el desierto; y María había de encerrar a Jesucristo, que se haría alimento de las almas.

Otra finalidad tuvo el Arca de la Alianza. «El santuario itinerante del desierto, considerado el escabel de los pies de Dios», es decir, el trono de su presencia terrestre. Durante la conquista de la Tierra Prometida, el arca aseguraba la salud y el honor del pueblo: desde ella, Yahvé dirigía el ejército de Israel para la guerra santa; en caso de pecado de Israel, Dios lo abandonaba y el arca era capturada por los enemigos (cfr. 1Sam 4-6).

Diríamos que había puesto en ella su mirada el mismo Dios para escuchar a los hombres y a su vez transmitirles sus mensajes; manifestándoles su voluntad. Destino que es símbolo de otra misión de María: su Mediación universal.

Por medio de María se comunican a los hombres todas las gracias relacionadas con la salvación.

Ella contribuyó a merecerlas; y Ella es encargada de distribuir las. Por medio de María envía Dios sus gracias a los hombres; y por medio de María dirigen los hombres sus peticiones a Dios; pues Ella es la mejor abogada para conseguir que sean despachadas favorablemente.

«¿Cómo entrará el arca en mi casa?»

El arca de la alianza entre Dios e Israel, el santuario itinerante del desierto, fue trasladada por David a su capital apenas constituida, Jerusalén. Con el fin de atribuir a su nueva capital un aval de carácter sagrado, David decide transferirla a ella, acarreada sobre un carro, en varias etapas desde «Baalá de Judá» hasta Jerusalén.

En el peregrinaje el arca revela su energía sagrada, fuera del alcance de los profanos y accesible solo a los sacerdotes: Uzá, quien se apresura a sostenerla al verla tambalearse sobre el carro, cae fulminado al instante. David reacciona con una exclamación de estupor: «¿Cómo entrará el arca en mi casa?» (2Sam 6, 9). Por eso, hace que permanezca por tres meses en la casa de un tal Obededón de Gat. Pasado el período de purificación, he aquí el solemne traslado: «*David bailaba ante el Señor con todas sus fuerzas... David y toda la casa de Israel trasladaron el arca del Señor en medio de aclamaciones y del sonido de trompetas*».

San Lucas, partiendo del texto de 2Sam 6, 9 contempla a María como el arca de la nueva alianza en camino, cuando va a visitar a su prima Isabel.

Todo el periplo del viaje del arca y del viaje de María están ambientados en la región de Judea; en los dos relatos se introducen manifestaciones de alegría, en Sión (v. 12) y por Isabel y el niño (1,44), mientras que a los saltos de alegría del rey (v. 16) corresponden los de Juan en el vientre de Isabel (1,44); al grito de alborozo de Israel (v. 15) hace eco el de Isabel frente a María (1,42); el arca es subida a la ciudad de David (v. 12), igual que María sube a la montaña, a la casa de Zacarías (1,40).

Pero existe un paralelismo significativo entre las dos exclamaciones, la de David ante el arca —«¿Cómo entrará el arca en mi casa?» (v. 9)—, y la de Isabel frente a María —«¿Cómo es que la madre de mi Señor viene a mí?» (1,43)—. El arca de la alianza es sede de la presencia de Dios, y María con Cristo es sede de la perfecta presencia divina en medio de los hombres.

María es el lugar privilegiado de la epifanía de Dios; en ella se nos muestra y ofrece el Salvador del mundo. María, encinta de Cristo, es, por consiguiente, una especie de «ostensorio».

Prepara tu alma para recibir en ella a Jesucristo

Cuando comulgas eres más que el Arca de la Alianza.

Jesucristo, pan divino bajado del cielo, pan simbolizado en el maná que guardaba el Arca, pasa al relicario de tu corazón.

El mismo Jesús, que habitó en el seno de María, viene a vivir dentro de ti.

¡Viene a ti y te transforma en Él! ¡Qué elevación tan grande la tuya!

Dios, que preparó con tanto esmero el Arca y con mayor esmero aun el alma de su Santísima Madre, sin duda exige de ti una preparación grande para que recibas a Jesús Sacramentado.

Nada de corrupción moral; limpieza absoluta de pecado.

Los pecados mortales hay que quitarlos en el sacramento de la penitencia; los veniales debes lavarlos con un acto de contrición antes de comulgar.

Y después, revestir tu alma con el oro de la caridad. Caridad por dentro: actos intensos de amor a Jesucristo antes y después de recibirle.

Caridad por fuera: cuando vuelvas de comulgar, tus palabras y tus actos han de estar impregnadas de la caridad más exquisita para el prójimo.





LA VIDA EN NAZARET

Es una vida aparentemente ordinaria, oculta, sin valor alguno. No hay nada en ella que llame la atención externa de los demás. Pasa desapercibida para todos los vecinos de Nazaret. La oscuridad, el silencio..., lo vulgar es lo que acompaña a esta vida. Y, sin embargo, es una escuela de santidad.

Cuántas veces el P. Molina fue en su imaginación a Nazaret para aprender esta sublime lección. Así lo predicaba:

«Vamos a dar esta última conferencia a pasar un día con el Niño, con María y con José en Nazaret.

Nazaret es la Ciudad Blanca, flor de Galilea. Se esconde tranquila y apacible, rodeada de un círculo de colinas en medio de un espacioso valle. Allí se levantan, escalonadas, blancas casitas. En una de ellas habita la Sagrada Familia. Una de tantas.

Cerca estaría el taller de San José. A unos diez minutos, rodeada de olivos, se ve una fuente que se llama “la fuente de María”. Seguramente la Madre de Dios tomó agua de esa fuente muchas veces durante el día, acompañada de su hijo que, a su

lado, como todavía hoy se ve en Nazaret, llevaría su ánfora más pequeña.

Todavía el sol no ha aparecido sobre las colinas de Nazaret. Duermen. Al despertarse, su primer pensamiento se dirige a Dios: le darían gracias por el reposo de la noche y le ofrecerían el trabajo del día que había empezado.

Más tarde el Salvador iba con San José a trabajar al taller. Hacia el mediodía volvían a su casa que durante la mañana había guardado María, porque a la dueña de la casa era quien correspondía moler el grano, preparar los alimentos, hilar la lana, hacer los vestidos, traer el agua e ir al mercado a comprar lo necesario.

Estos eran los oficios de María que no le impidieron llegar a don-

de llegó. ¡No le impidió dar a luz a la Vida haciendo estos menesteres tan vulgares y tan sencillos, pero cargándolos de vida interior!

Tal vez el Salvador pondría la mesa para ayudarla. Luego, lavadas ya las manos, se sentaban a la mesa. San José decía la fórmula de la bendición. María, José y Jesús se entretendrían amable y piadosamente. Acabada la comida, tomarían algún reposo y volverían otra vez cada uno a sus ocupaciones.

Por último, ya sea en una noche serena bajo el cielo, tachonado de estrellas, ya a la luz de alguna candela, hacían largo rato de oración y, por último, se iban a descansar.

Esto es un día ordinario. Los sábados y los días festivos la Sagrada Familia no trabajaba y se entregaba enteramente a la piedad y a las buenas obras.

Esta es la vida que llevaría María en Nazaret. Aprende a vivir la vida cotidiana santificándola con una profunda vida interior».

NO PUEDE MORIR ASÍ
QUIEN LLEVA PUESTO EL
Santo Escapulario



El Escapulario del Carmen es una de las devociones con más arraigo en el pueblo cristiano por su profundo simbolismo mariano, por los grandes privilegios y la asistencia especial que ha manifestado a través de los siglos la Santísima Virgen a quienes lo llevan piadosamente.

Una Hermanita de los Pobres, que murió en Francia siendo Superiora, contaba lo que le había sucedido a ella misma.

«Muerto mi padre, nos fuimos a vivir a París mi madre, que ya era anciana, y yo. En mi casa había dinero para abrir un modesto taller y como yo sabía, gracias a Dios, ganarme la vida con mi trabajo, logré ir haciendo un pequeño capital. Pero después mi pobre madre cayó enferma de muerte, aunque la enfermedad había de ser muy larga. Cerré mi taller y mi tienda y, dejándolo todo, solamente me desvelaba por aliviar los padecimientos de mi madre (a quien yo amaba de todo corazón) y de ir alargando su vida minada por un cáncer, que no tenía cura. Al cabo de dos años murió mi querida enferma y yo quedé sola en el mundo. Y no solamente quedé huérfana, sino también arruinada porque todos mis ahorros y ganancias se habían consumido en la enfermedad.

Aquella muerte, aquella soledad, aquella ruina, fueron mi perdición. Perdí en efecto la esperanza en Dios nuestro Señor, me desesperé y, finalmente, quise acabar con mi vida.

Entré una noche del mes de julio en mi aposento, encendí el gas y, habiendo cerrado la puerta y la ventana, me acosté para morir por asfixia.

Serían como las cinco de la mañana cuando casualmente, es decir, providencialmente, vino a visitarme una antigua amiga mía que acaba de llegar a París a aquellas horas. Llamó a mi cuarto y, como nadie contestase, preguntó por mí a los vecinos. Sospechando todos alguna desgracia, descerrajaron la puerta de mi cuarto y quedaron espantados al verme muerta.

Casualmente también, es decir, providencialmente, entraba

—No señores, no; no debe estar muerta esta mujer; lleva puesto el SANTO ESCAPULARIO. Y ningún suicida logra morir, aunque en ello se empeñe, cuando lo lleva consigo.

Tomó, pues, en sus manos el Doctor mi Escapulario, volvió a ponérmelo bien, tornó a mirar, a remirar, a palpar mi cuerpo yerto y a examinarme más despacio. ¡Inútil empeño! No lograba encontrar en mí ninguna señal de vida. Mas no por eso se daba por vencido el cristianísimo Doctor en cuyo rostro, muy a las claras, se leían el dolor, la pena, el asombro y la profunda meditación que le embargaban.



yertos despojos, sin descubrir ni atisbar ninguna señal cierta de vida. Y así se pasó una hora mortal. Pero de repente se ilumina la cara del Doctor Recamier, el cual, con lágrimas en los ojos, comenzó a gritar:

—Ya, ya vuelve a la vida este cuerpo. Bien lo decía yo: Nuestra Señora del Carmen no podía dejar morir así a quien llevaba puesto su SANTO ESCAPULARIO.

Confusos, atónitos y espantados quedaron los circunstantes que después de aquella larga brega, casi fúnebre, habían perdido ya toda esperanza. Pero todos se desvivían después (Dios se lo pague) por cuidar amorosamente de esta infeliz pecadora.

Finalmente logré la más cabal salud. Lloré mi pecado, pedí perdón a Dios y a los hombres y entré en religión. Yo deberé mi salvación eterna al bendito ESCAPULARIO de la Santísima Virgen del Carmen».

(Tomado de la vida del Dr. Recamier. J. Marín, o.c. pág. 45)

"María Santísima se complace en que sus devotas lleven su escapulario en prenda de que pertenecen a la familia de la divina Madre".

(San Alfonso María de Ligorio)

entonces en la casa el famoso Doctor Recamier a visitar a un enfermo. Habiéndole rogado al doctor los vecinos que pasase a verme, el doctor me examinó muy despacio y declaró a todos los circunstantes que yo estaba muerta y bien muerta.

Pero casualmente también, es decir, providencialmente, vio el Doctor que yo llevaba el ESCAPULARIO DEL CARMEN, y entonces exclamó:

—Traed, dijo de repente, traedme dos mazos de madera, y vamos a golpear todo el cuerpo, particularmente por la región del estómago. No puede ser que haya muerto en medio de la desesperación quien lleva puesto el ESCAPULARIO DEL CARMEN.

Comenzaron a menudear suaves golpes de mazo sobre mi cuerpo frío. Y el sabio y piadosísimo Doctor examinaba atentamente a cada minuto mis

San Ignacio de Loyola

Personalidad excelente para el gobierno, la conquista, hecho para cosas grandes. Hombre para mucho.

El Fundador de la Compañía de Jesús nació en Loyola, en Guipúzcoa, en 1491. Su padre Bertrán De Loyola y su madre Marina Sáenz, de familias muy distinguidas, tuvieron once hijos: ocho varones y tres mujeres. El más joven de todos fue Ignacio.

En su juventud vivió la vida de la corte y la de soldado. A los 26 años, herido en la defensa de Pamplona, se convirtió a Dios, leyendo la vida de Cristo y de los santos. Estudió en las Universidades de Alcalá, Salamanca y París, donde terminó brillantemente sus estudios de teología y reunió a los primeros compañeros, con los que fundó en Roma la Compañía de Jesús.

Fructífero su apostolado, por las obras que escribió y por los discípulos que formó, que contribuyeron poderosamente a la verdadera reforma de la Iglesia. Murió en Roma el 31 de julio de 1556. Fue canonizado en 1622 por Gregorio XV.

En una época de la historia en que la Reforma intentaba dejar de lado a la Madre de Dios para honrar más escueta y únicamente a su Hijo Jesús, San Ignacio daba a conocer en todas partes su experiencia espiritual, la que le había llevado a descubrir que, en vez de alejarnos de Cristo, por el contrario, la Virgen nos introduce en el misterio de Dios.

En su *Diario espiritual* Ignacio llama a la Virgen «puerta y parte de la gracia». Ella es la puerta y de ésta quiso aprender Ignacio en primer lugar cómo hablar con su Hijo Jesús y cómo dirigirse a Dios Padre.

En los Ejercicios Espirituales no hay coloquio que no comience por la puerta que es la intercesión de la Virgen. Y precisamente porque Ella toma parte en nuestra salvación, por eso mismo puede introducirnos en el encuentro con la Trinidad. Y así, dirigiéndose a María, San Ignacio subraya que los Ejercicios Espirituales no pretenden presentarnos una doctrina o una serie de ideas, sino que quieren hacernos disponibles al encuentro personal con Dios, encuentro del que Nuestra Señora da testimonio a través de su vida de primera creyente y de llena de gracia, de madre dolorosa y de Virgen rebotante de alegría.

Según la tradición Nuestra Señora dictó los Ejercicios a San Ignacio. Es evidente que de la Virgen aprendió San Ig-

nacio a colaborar generosa y gratuitamente en la obra de salvación de su Hijo Jesús; y que pensaba en la Virgen cuando se atrevía a delinear los perfiles contemplativos y apostólicos de su espiritualidad.

San Ignacio pone también en evidencia los dolores de la Virgen. No olvida que la cruz planea ya sobre el evento de la natividad de Jesús. Ignacio releva el adiós de Jesús a su Madre en el momento en que el Señor renuncia a su familia de Nazaret para consagrarse en exclusiva a la misión que le ha encomendado su Padre. Y nos invita en especial a unirnos de todo corazón a la soledad de Nuestra Señora durante la Pasión de su Hijo, a unirnos a un dolor y un sufrimiento donde el amor, más fuerte que la muerte, sostiene su fe en la cruz y su esperanza en la resurrección.

San Ignacio, que se sabía llamado a seguir al Señor en sus penas y sus gozos, sentía que la Virgen tomaba parte en la cruz a través de sus dolores y, con los gozos, en la Gloria pascual de su Hijo y Señor. Por esto San Ignacio, fiel siempre a la palabra del Evangelio, nos invita a contemplar un encuentro del que el Evangelio no habla: el de la primera aparición del Señor resucitado a Nuestra Señora. Como si previera nuestra extrañeza, San Ignacio se justifica así: «*Lo cual, aunque no se diga en la Escritura, se tiene por dicho en decir que se apareció a otros muchos; por-*

que la Escritura supone que tenemos entendimiento, como está escrito: ¿También vosotros estáis sin entendimiento?» (Ej. Esp., 299). Para San Ignacio no se trata de una exégesis piadosa o de una bella fantasía. Retomando las mismas palabras de San Ignacio: la Virgen es la puerta que abre a la alegría pascual porque forma parte de este misterio.

Fiel a una larga tradición de la Iglesia, este encuentro pascual entre el Señor resucitado y Nuestra Señora era completamente diferente de las apariciones de que habla el Evangelio, ya que todas tenían por objetivo convencer y asegurar a los discípulos, dudosos de la resurrección de su Señor. El consuelo que recibió la Virgen en este encuentro no es, en absoluto, compensación sentimental por las penas padecidas al pie de la cruz. Para San Ignacio, esta consolación no podía menos de ser sino crecimiento en la fe pascual, en la esperanza pascual y en el amor pascual. No es, como en el caso de los discípulos, una fe demasiado humana y vacilante necesitada de aumentarse; en la Virgen, la Pascua le acreció la fe en su Hijo resucitado que revela cómo la vida brota de la muerte, cómo en el interior mismo del padecer y de los dolores brilla la luz de Cristo.

Que San Ignacio nos conceda la gracia de amar a la Santísima Virgen María como él la amó.

"Por mucho que ames a María Santísima. Ella te amará siempre mucho más de lo que la amas tú". (San Ignacio de Loyola)



Llamada a la vida de plena consagración a Dios (II)

LA POBREZA

En el número anterior estuvimos reflexionando sobre lo que la Hermana Lucía entendía en la visión de Nuestra Señora del Carmen que para ella tenía el significado de la plena consagración a Dios. Continuando con el tema, veremos hoy el aspecto de la pobreza como voto que hacen de manera absoluta aquellos que han decidido seguir al Señor por el camino de los consejos evangélicos, pero que, en cierta manera, todo seguidor de Cristo está también llamado a practicar.

Aquellos que renuncian a los bienes de este mundo escogen a Dios por herencia. Es por eso que no pueden volverse atrás ni cambiarle por ninguna otra cosa de la tierra, pues eso sería hacer un gran agravio a Dios y solo serviría para empobrecer más al alma que prefiere los bienes terrenos a los bienes del cielo.

El voto de pobreza une al alma con Cristo pobre. En efecto, Nuestro Señor vivió siempre totalmente desprendido de los bienes de la tierra para poder entre-

garse enteramente a la obra que el Padre le confió. Por eso pudo exclamar: *«Yo te he glorificado en la tierra: he terminado la obra que Tú me has encomendado que hiciera»* (Jn. 17, 4).

Es éste también el motivo del voto de pobreza: ayudar a quienes lo realizan a desprenderse de las cosas de la tierra y de las preocupaciones que llevan consigo para, en unión con Cristo, poder llevar a cabo la misión encomendada por Él. Sin embargo, este desprendimiento, al menos afecto-

tivo de los bienes terrenos, deben practicarlo todos aquellos que deseen seguir al Señor y alcanzar la vida eterna. Por eso, al joven rico que le preguntaba qué debía hacer para alcanzar la vida eterna, Jesús le contestó: *«Guarda los mandamientos»*. Al contestar el joven que eso lo venía haciendo desde pequeño, el Señor añadió: *«Una cosa te falta: anda, vende todo lo que tienes, da el dinero a los pobres, así tendrás un tesoro en el cielo, luego ven y sígueme»*. (Mt. 19, 21).

Por desgracia, este joven tenía el corazón demasiado apegado a sus riquezas. Y ese apego fue obstáculo para poder alcanzar la perfección a la que era llamado. Por eso Jesús, dirigiéndose a sus oyentes dijo: *«Qué difícilmente entrará un rico en el cielo. Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja...»* (Mt. 19, 23-24).

Para seguir a Jesús más de cerca, Él no quiere personas atadas a las cosas de esta tierra, porque estos bienes ciegan, manchan el corazón cuando se poseen desordenadamente, impiden la vida de apostolado y de entrega absoluta y exclusiva a Dios. Cuántas veces la excesiva preocupación del dinero o de las posesiones nos absorben por completo y no nos dejan espacio para trabajar por nuestro crecimiento espiritual. Dedicamos tanto tiempo a buscar cómo aumentar o conservar esos bienes que no nos queda tiempo para la oración, el trato personal con Dios, cultivar nuestra vida interior o entregarnos al servicio del prójimo.

A los que lo dejan todo para seguirle, el Señor les da a cambio lo indispensable para vivir, invitándoles a abandonarse a la divina Providencia y les promete un tesoro en el Cielo.

No se trata de que vivamos totalmente descuidados de lo necesario para nuestro sustento y el de nuestra familia, pero esa búsqueda de lo material no debe ser un fin, sino un medio en nuestra vida. Nuestro fin es la unión con Dios y la santificación y salvación de nuestra alma. Por eso no debemos permitir que nuestro corazón lo ocupen las cosas materiales. Nuestro corazón es para Dios. Y en la medida en que nosotros busquemos acercarnos a Él, en esa medida Él cuidará de nosotros: «*Buscad, pues, primero el Reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura*» (Mt. 6, 25-33).

En la práctica de esta virtud tenemos un gran ejemplo en María, Nuestra Madre. Ella vivió siempre pobre, abandonada en la providencia de Dios y nunca le faltó nada. Cuando dio a luz a su Hijo, no tuvo ni siquiera una sencilla cuna para ofrecerle y hubo de recostarlo en un pesebre de animales. No tuvo casa para resguardarse sino una pobre cueva. Luego hubo de peregrinar de un lugar a otro con lo más indispensable y, al morir su Hijo en la cruz, no pudo ofrecerle ni siquiera un lugar para sepultarlo y hubo de aceptar que le ofrecieran uno.

Sin embargo, esta pobreza nunca le quitó la paz ni la alegría. Al contrario, precisamente por su pobreza se gloriaba en el Señor: «*que derriba a los soberbios de corazón y enaltece a los humildes, a los hambrientos los colma de bienes y a los ricos los despide vacíos*». (Lc. 1, 52-53).

Con su ejemplo de vida, María nos invita a imitarla para poder alcanzar la bienaventuranza a la que Jesús nos llama: «*Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de Ellos es el reino de los cielos*».

«Momentos después de haber llegado a Cova de Iría, junto a la encina, entre numeroso público, unas cuatro mil personas que estaban rezando el Rosario, vimos el rayo de luz una vez más y un momento más tarde apareció la Virgen sobre la encina:

–¿Qué es lo que quiere de mí?

–*Quiero que vengáis aquí el día 13 del mes que viene y continuéis rezando el Rosario todos los días en honra a Nuestra Señora del Rosario con el fin de obtener la paz del mundo y el final de la guerra, porque solo Ella puede conseguirlo.*

–Quisiera pedirle nos dijera quién es y que haga un milagro para que todos crean que usted se nos aparece.

–*Continuad viniendo aquí todos los meses. En octubre diré quién soy y lo que quiero, y haré un milagro que todos han de ver para que crean. Sacrificaos por los pecadores y decid muchas veces, y especialmente cuando hagáis un sacrificio: “Oh, Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María”.*

Al decir estas últimas palabras abrió de nuevo las manos. El reflejo de la luz parecía penetrar la tierra y vimos como un mar de fuego y sumergidos en este fuego los demonios y las almas como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, de forma humana, que fluctuaban en el incendio llevada por las llamas que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo, cayendo hacia todos los lados, semejante a la caída de pavesas en grandes incendios, pero sin peso ni equilibrio, entre gritos y lamentos de dolor y desesperación que horrorizaban y hacían estremecer de pavor.

Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes como negros tizones en brasa. Asustados y como

pidiendo socorro levantamos la vista a nuestra Señora, que nos dijo con bondad y tristeza:

–*Habéis visto el infierno donde van las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hacen lo que yo os digo, se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra terminará, pero si no dejan de ofender a Dios en el reinado de Pío XI comenzara otra peor.*

Cuando viereis una noche alumbrada por una luz desconocida sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo sus crímenes por medio de la guerra, del hambre, de la persecución de la Iglesia y del Santo Padre.

*Para impedir eso, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la comunión reparadora de los primeros sábados. Si atienden mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones de la Iglesia: los buenos serán martirizados; el Santo Padre tendrá que sufrir mucho; varias naciones serán aniquiladas. Al final, **MI INMACULADO CORAZÓN TRIUNFARÁ.***

El Santo Padre me consagrará Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz. En Portugal el dogma de la fe se conservará siempre. (Aquí comienza la tercera parte del secreto, escrita por la Hermana Lucía entre el 22 de dic. de 1943 y el 9 de enero de 1944, y revelada en el año 2000). Esto no lo digas a nadie. A Francisco sí podéis decírselo.

Cuando recéis el Rosario, decid después de cada misterio: “Jesús mío, perdónanos, libranos del fuego del infierno, lleva todas las almas al cielo, especialmente las más necesitadas”.

Y, como de costumbre, comenzó a elevarse en dirección a Oriente».

LAS VIRTUDES DE SANTA MARÍA (VII)

La Sabiduría

Por encima de todos los santos, María poseyó en grado perfecto la virtud de la Sabiduría, más aún, Ella es la Sede de la Sabiduría. Fue dotada por Dios de un entendimiento naturalmente perfecto, ejercitado y enriquecido por la continua y altísima contemplación y por el conocimiento de la Escritura.

La sabiduría no es el simple conocimiento humano o teórico. Es gustar, 'sape-re', que da un conocimiento mucho mayor, desde dentro. Entendemos este término en sentido bíblico y teológico como un don del Espíritu Santo y como una gracia que capacita para comunicar e instruir a los demás.

Se encarga de llevar las virtudes teologales de la fe y caridad a su última perfección.

Siendo la caridad la más excelente de todas las virtudes, se comprende que el don de sabiduría será, a su vez, el más excelente de los dones.

Definición: El don de sabiduría es un hábito sobrenatural inseparable de la caridad por el cual juzgamos rectamente de Dios y de las cosas divinas por sus últimas y altísimas causas, bajo el instinto especial del Espíritu Santo que nos las hace saborear por cierta connaturalidad y simpatía.

El don de Sabiduría conforma al hombre con Dios por cierta filiación adoptiva. En cuanto implica conocimiento de Dios no discursivo, sino intuitivo y experimental, pertenece a la fe; en cuanto importa *experiencia sabrosa y afectiva* de Dios y de los misterios sobrenaturales, responde a la caridad.

La sabiduría sobrenatural es **absolutamente necesaria** para que la caridad se desarrolle en plenitud. Si queda restringida al modo humano, a la prudencia humana, etc., con nuestras mezquindades y egoísmo, se asfixia, no puede volar a las alturas ni elevar nuestra alma. Con el don de sabiduría se nos da atmósfera y modo divino.

Sus efectos en el alma son admirables. Los más característicos son los siguientes:

1) Da a los fieles un como instinto divino, de eternidad, con que juzgan todas las cosas. No se guían por el modo de ver humano, sino sobrenatural. La sabiduría humana sin Dios es para ellos necesidad. El verdadero tesoro es Dios o las cosas que nos llevan a Él. «¿De qué me vale esto para la eternidad?», decía San Luis Gonzaga.

Así miran y juzgan todo con los ojos de Dios y de María: los pequeños episodios diarios y los acontecimientos internacionales. No se quedan en las criaturas, sino que se elevan a Dios, que guía todo con su Providencia. Así es nuestra Madre.

2) Igualmente viven de un modo enteramente divino los misterios de nuestra santa fe. En cuanto es posible, su mirada tiende a identificarse con el ángulo de visión que Dios tiene de sí mismo y de todo el universo... Todo se colorea de lo divino. San Pablo pensaría en estas almas cuando escribió: «*El Espíritu todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios*» (1Co 2, 10).

3) Hace vivir en *sociedad con las Tres Divinas Personas* mediante una participación inefable de su vida Trinitaria.

Así María: no sale nunca de Dios. Si los deberes de su estado así lo exigen, se entrega exteriormente a toda clase de trabajos, aun los más absorbentes, con una gran actividad; pero «en el más profundo centro de su alma» está permanentemente en la divina compañía de «sus Tres» y no les abandona un solo instante. Permanece en entrañable contemplación a los pies de su divino Maestro.

4) Lleva hasta el heroísmo la virtud de la caridad. Libre de ataduras, crece, se hace auténtica. Así María: ama a Dios con un amor purísimo, por Él mismo, por sola su infinita bondad, sin mezcla de interés o de motivos humanos. ‘Muere’ a su egoísmo y cumple el primer mandamiento en plenitud. Ama al prójimo con ternura profunda y enteramente desinteresada, abnegada, virginal.

María, Sedes Sapientiae

Un día Dios regaló un átomo de su Sabiduría a un hombre y fue el más sabio: el gran rey Salomón.

Este don resplandece muchísimo más en la vida de Santa María. El Verbo divino comunicó esta Sabiduría a su Santísima Madre. Imitémosla y pidamos a Dios que nos lo conceda.

¿Cuál es la sabiduría de la Santísima Virgen? Para Ella no hay secretos en Dios. ¡Comprendería todo el plan de la creación, de la Redención, en todos sus detalles! ¡Qué bien entendería el porqué de todo lo que había vivido en la tierra, de todos los acontecimientos que entonces pasaron! ¡Cómo alabaría a Dios al ver la infinita Sabiduría y Providencia que había dispuesto todo con tanto orden, aunque muchas veces la pobre razón humana no lo entendiese!

Y respeto a nosotros, sus hijos, el Señor le infundió todo el conocimiento necesario para ayudar a nuestras almas, de suerte que Ella sabe las asechanzas astutas del enemigo..., el tiempo y la fuerza de sus tentaciones, nuestras miserias y necesidades, nuestras vacilaciones y desalientos, nuestros buenos deseos y rectas intenciones. Es nuestra Maestra de oración, de fe y de unión con Dios.

Ella es nuestro refugio. Si caemos, sabe cómo levantarnos. Si obramos bien, Ella sabe conservar nuestras buenas obras, embellecerlas y presentarlas dignamente a su Hijo.

Con Ella pongamos los medios para alcanzar la Sabiduría:

- Esforzarnos por ver todas las cosas desde el punto de vista de Dios.
- Rechazar la sabiduría vana del mundo. ¿Qué me gusta o disgusta, de dónde nacen mis satisfacciones y planes...? (cf. St 3, 15) ¿Amo las riquezas, el placer, el honor? ¿O prefiero imitar a Cristo en pobreza, desprecio, persecución...?
- Aun en cosas buenas y honestas, no aficionarse a las cosas del mundo.
- Y no apearse, aun a los consuelos espirituales, sino solo a Dios solo.

«*Santa María es la sede de la Sabiduría divina porque tenía siempre presente y actuante en Ella la Sabiduría encarnada en la que se encerraban todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, en la que inhabitaba la plenitud de la divinidad corporalmente...*». (P. Molina)



"VOSOTROS SOIS LA *Sal* DE LA TIERRA"...

Como complemento de las bienaventuranzas y siguiendo su estilo habitual en sus enseñanzas –de hablar con imágenes asimilables a los oyentes–, Jesús enseña el oficio que han de desempeñar sus apóstoles y, en general, todos los cristianos: Los invita a ser la sal de la tierra.

En el libro del Levítico (Lev. 2,13), la ley prescribe que todo sacrificio ofrecido a Dios sea condimentado con sal para significar la voluntad del oferente de que sea agradable a Dios. En este sentido la sal es emblema de la amistad y de fidelidad a la palabra dada.

En el evangelio de San Marcos, el fuego y la sal constituyen los desasimientos que se le imponen al discípulo para hacer de él una ofrenda agradable a Dios, esto quiere decir, mantenerlo fiel a Dios.

Así se puede interpretar que el renunciamento es al discípulo lo que la sal al sacrificio. La sal confiere al sacrificio el ser ofrenda grata a Dios. El renunciar a todo lo que se posee por amor a Cristo, hace del discípulo una ofrenda sacrificial agradable a Dios.

En su sentido doméstico, la sal condimenta, sazona y purifica conservando y preservando de la corrupción. Se le considera de absoluta necesidad para la vida del hombre. La sal comunica a los alimentos sabor a un tiempo agradable y sano.

Los verdaderos discípulos, con su buen ejemplo, han de transformar el mundo, han de ser quienes preserven al mundo de la corrupción del pecado. Deben convertirse en instrumento de la bendición de Dios para el mundo y, a

la vez, disponer la tierra para convertirse en holocausto de elevación aceptable a Dios.

Así proclama Jesús la misión de los apóstoles en el mundo, invitándolos a “ser lo que se es”, a que su vida corresponda a su carisma, insinuando en caso contrario su miseria e incapacidad de rehabilitación.

Los discípulos han de ser esa sal que o aceptan su misión o se corrompen, sin dar lugar a medianías. Se es de Cristo o del mundo. *“No se puede servir a Dios y al dinero”* (Mt 6, 24). *“El que no está conmigo está contra mí”* (Mt 12, 30).

El discípulo que ha perdido el espíritu propio de ser cristiano, la entrega sin reservas a Jesús, esa entrega hasta el sacrificio de dar la vida, el espíritu de abnegación, se puede decir que ha perdido su sabor, ha dejado de ser sal para el mundo. En tal sentido, al perder su virtualidad, como la sal, no sirve para la empresa en la que se ha comprometido, ni para nada. Ha perdido su esencia, deja de ser discípulo.

Si el apóstol desvirtúa en sí por su propia culpa los dones que ha recibido, difícilmente habrá quien devuelva las virtudes que por su mala vida o falsa doctrina ha perdido. Se convertirá en un ministro inútil a la Iglesia, que caído del honor y elevado puesto en que el Señor le había colocado, vendrá a ser despreciado de los hombres y a semejanza de la sal que se vuelve insípida, ya no vale para nada. Esto quiere decir que si el

discípulo, por su necedad ha perdido su vigor evangélico, ha perdido la sabiduría que consiste en sintonizar su vida de fe con la Palabra de Jesús.

El cristiano que ha perdido su sabor, lo es solo de nombre, no posee la eficacia de la palabra que la sustenta. Es lo más triste que puede suceder al discípulo, no tener como centro a Jesucristo, la práctica de la piedad queda vacía de contenido, sin alma y sin amor, como la sal desvirtuada.

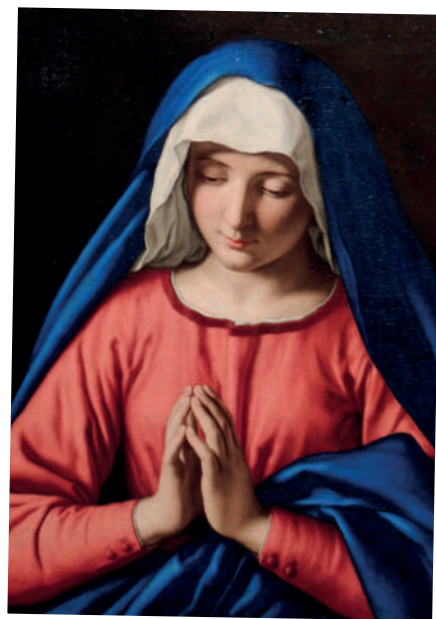
Gran misión confía Dios a sus seguidores, ser conservador del linaje humano, transmisor veraz del Evangelio. Vida santa, conducta irreprochable por su ejemplo y predicación, así debe ser el perfecto discípulo. No buscar agradar más que a Dios, son las cualidades requeridas al seguidor de Cristo.

El discípulo será sal de la tierra si mantiene un trato personal frecuente y asiduo

con el Señor, si se acerca a los sacramentos, especialmente a la Eucaristía con fe y amor, ya que el amor a Dios es el motor y la razón de ser de la vida de entrega a Dios. Para esto se requiere la continua vigilancia ante las exigencias del Evangelio y la invocación al Espíritu Santo, defensor, protector, auxiliador, intercesor y consolador.

María, Madre de la Iglesia, totalmente sumergida, abandonada, escondida en Dios, es esa sal que da sabor a todas las obras que se emprenden en nombre de Su Hijo. Ella es el modelo perfecto del discípulo que se entrega con todo su ser al proyecto de Dios. Es la discípula perfecta que une, da sabor y preserva de los ataques del maligno para que la Palabra de Dios penetre en los corazones y dé frutos de conversión. Es la que une con unión irrompible entre la Cabeza que es Cristo y su cuerpo místico.

MARÍA ES ESA SAL
QUE DA SABOR
A TODAS LAS
OBRAS QUE SE
EMPRENDE EN
NOMBRE DE SU HIJO.
UNE Y PRESERVA
DE LOS ATAQUES
DEL ENEMIGO.





Alabanza de su Gloria

«**T**rinidad santa, que sea yo alabanza de tu gloria» (Ef 1,12). «Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido con toda clase de bendiciones espirituales... en Cristo; por cuanto nos ha elegido en Él antes de la creación del mundo, para ser santos e inmaculados en su presencia, en el amor, eligiéndonos de antemano para ser sus hijos adoptivos por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, para alabanza de la gloria de su gracia» (Ef 1, 3-6).

En breves trazos anuncia San Pablo el plan de salvación querido por el Padre y ejecutado por el Hijo bajo el sello del Espíritu Santo para gloria de la Trinidad. Si «los cielos cantan la gloria de Dios y el firmamento pregonan las obras de sus manos» (Sl 19) porque atestiguan su poder, sabiduría y belleza infinitos, tanto más las obras que atañen a la creación del hombre y a su elevación al estado sobrenatural magnifican



La Virgen María ha sido el "lugar" en el cual la Trinidad se ha manifestado por primera vez

la gloria de la Trinidad, siendo como son la manifestación más gloriosa de su bondad excelsa. ¿Qué más podía hacer la Trinidad que comunicarse al hombre hasta el punto de morar en él para arrastrarlo al vértice feliz de su vida divina? ¿Y cómo podrá el hombre no vivir para la gloria de la Trinidad? Es ésta la excelsa vocación del cristiano, afirmada por San Pablo con tanta claridad: Hemos sido «elegido de antemano...

para ser alabanza de su gloria» (Ef 1, 12). Por eso justamente el Padre nos ha elegido «para ser santos e inmaculados en su presencia» (Ef 1, 4)

En perfecta sintonía con ese plan divino, el Vaticano II espolea a todos los fieles, y particularmente a las personas consagradas, a «perseverar y aventajarse en esa vocación..., para una más abundante santidad en la Iglesia y para mayor gloria de la Trinidad, una e indivisible, que en Cristo y por Cristo es la fuente y origen de toda santidad» (LG 47). Cuanto más santo es cada uno, tanto más santa es la Iglesia; su santidad glorifica a la Trinidad y la hace en cierto modo visible a los hombres, un santo es la imagen de la Santísima Trinidad en la tierra. ¡Qué excelsa vocación!

La bondad de Dios es tan grande que quiere hacer coincidir su glo-

ria con la felicidad del hombre, es decir, quiere glorificarse derramando en el ser humano su bien, su vida y su amor. Y esto solo por amor, por pura generosidad. El cristiano más humilde, que realiza las obras más escondidas y desconocidas a los ojos de los demás, que sabe acoger con amor y reconocimiento los dones divinos, es decir, los dones que nos ha dado Dios en la creación, sacando de ellos motivos para alabar a Dios, agradecerle y amarle, le glorifica más que todas las bellezas esparcidas por el universo entero. El cristiano que se abre totalmente al don de la Trinidad que mora en él y que vive en comunión con las tres Personas divinas, da a la Trinidad la gloria suprema que el hombre puede tributarle.

Pero hay una gloria más alta, verdadera gloria divina, que el cristiano está llamado a ofrecer a la Trinidad, y es la que Cristo mismo ofrece a su divino Padre en el Sacrificio eucarístico. La Eucaristía es la acción de gracias infinita que el Cristo total, o sea Cristo unido a su Iglesia, ofrece al Padre en nombre de toda la humanidad. Si el hombre sufre por su insuficiencia para dar a Dios una gloria digna de Él, asociándose al Sacrificio de Cristo tiene la gozosa seguridad de ofrecer a la Trinidad una alabanza adecuada a su majestad infinita.

«¡Oh silenciosa Trinidad, manantial supremo

de luz, amor y paz inmutable! Todo en el cielo, en la tierra y hasta en el infierno, todo está ordenado a la alabanza de gloria de tu Nombre santísimo.

Para unirme a la alabanza incesante del Verbo, por Él, con Él y en Él, a imitación de la Virgen de la Encarnación y a través de sus purísimas manos, me ofrezco como Hostia de la Trinidad.

Padre amado, la gracia de adopción de mi bautismo me ha hecho tu hijo. Guárdame. Que ninguna culpa voluntaria venga a empañar ni ligeramente la pureza de mi alma. Sino que mi vida, cada día más fiel, suba hacia ti con el abandono filial e ilimitado del niño que se sabe amado por la ternura de un Padre.

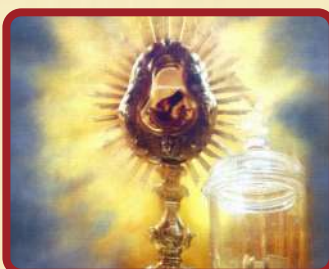
¡Oh Verbo, pensamiento eterno de mi Dios, figura de su sustancia y esplendor de su gloria!, no quiero otra luz que tú. Ilumina mis tinieblas con tu luz de vida. Que camine yo afirmado en la fe y más dócil cada vez a las ilustraciones de tu sabiduría y de tu ciencia.

Espíritu Santo, que unes al Padre y al Hijo en una felicidad sin fin, enséñame a vivir cada instante y en todas las cosas en la intimidad de mi Dios, más integrado cada vez en la unidad de la Trinidad...». (M.M. PHILIPON, Consagración a la Santísima Trinidad)



¡Ven!... Tu Madre te espera.

PEREGRINACIÓN A FÁTIMA 2023



Del 10 al 19 de mayo celebramos la primera aparición de Nuestra Señora del Rosario de Fátima en Cova da Iria (Portugal). Un grupo de peregrinas provenientes de EE.UU. y de Colombia recorrieron con nosotras los lugares más representativos de las apariciones –y emblemáticos del Santuario–, así como las casas natales de los Pastorcitos y su entorno. Visitaron también varias exposiciones conmemorativas sobre el mensaje de Fátima, principalmente la del Rosario, el museo de la Hermana Lucía en Coimbra y la iglesia de San Esteban donde se conserva la reliquia del milagro eucarístico de Santarem. En un clima de oración, donde no faltaba la Santa Misa diaria, el rezo del Santo Rosario y un tiempo personal de meditación, la peregrinación transcurrió cumpliendo el objetivo principal de consolar y reparar al Inmaculado Corazón de María y acercarnos a nuestra Madre que nos espera con los brazos abiertos en Fátima. Para finalizar, visitaron la residencia de ancianos de Porta Coeli (Trujillo-España) donde pudieron compartir tantas hermosas experiencias con nuestros residentes.

Quienes deseen ayudar con sus limosnas a los gastos de esta publicación, pueden enviar su donativo a:

Conecta con nosotros

info@reinadodemaria.org

www.reinadodemaria.org

